

Quien podra contagiarles la pasion

Beatriz Sarlo

Un cuestionario pregunta qué libros deberían leerse en el secundario. Escondida, aunque no mucho, detrás de la pregunta hay otra: ¿qué le puede interesar leer a un estudiante? Se da por descontado que no le interesa nada de nada y la pregunta trata de ver si quienes responden al cuestionario son capaces de armar algunas trampitas para que los estudiantes, sin darse cuenta, caigan como chorlitos, nunca más puedan dejar los libros y se conviertan en personas diferentes a sus padres (que no leen) y a sus profesores (de los que no tenemos información, aunque sería bueno preocuparse un poco por cuánto leen todos los profesores y maestros: una encuesta no vendría mal).

Debo confesar que no sé con qué páginas de libros se puede inducir a un adolescente a que se quede sentado en un rincón, ensimismado en la lectura. Hace poco le preguntaron a Pete Sampras, uno de los grandes tenistas de todos los tiempos, pausado y cortés, refinado, tenaz e inteligente, qué libro estaba leyendo. Contestó: "No soy un hombre muy de libros". Insistieron, inexplicablemente porque la respuesta era clara, y dijo que no estaba leyendo nada, como de costumbre.

Mi habitualmente adormilado nacionalismo pegó un salto. Hay un tenista argentino que lee libros y llegó a octavos de final en Roland Garros, lo cual no es decir poco: Martín Vassallo Argüello, que ahora tiene un sitio, segundosaque.com, cuya curiosidad, para mí, es que en su puesta a punto colaboró el editor y, sobre todo, poeta, Luis Tedesco (devoto tenista, por otra parte).

Pero Vassallo Argüello no es la norma. Hace poco, el simpatiquísimo chipriota radicado en Francia Marcos Baghdatis, número 18 del mundo, dijo que nunca, nunca, nunca en su vida había leído un libro.

Salvo error u omisión por la que me disculpo de antemano, entre los primeros veinte tenistas, sólo David Ferrer, un durísimo español, lee libros y pese a eso le está yendo muy bien (se sabe, además, que no le gusta prestarlos). Es posible suponer que James Blake que, antes de convertirse en profesional, jugó para la universidad de Harvard y estudió allí, tuvo la obligación de leerlos. En general, los tenistas viajan con la PlayStation, el reproductor de cd y dvd, según nos enteramos el común de los mortales por internet y los diarios.

Por ignorancia aún mayor, no voy a referirme a otros deportes. La mención de los tenistas, cuya vida, una vez que se abandonan las primeras decenas de rankeados, es bastante dura, y dentro de esas primeras decenas exige disciplinas casi religiosas, ilustra solamente sobre un hecho: mucha gente muy exitosa no lee nada de nada. La presentación de un lector modelo no garantiza que se alcance la bienaventurada meta de que los alumnos de los colegios argentinos se vuelquen de modo masivo y entusiasta a la lectura. Ni siquiera enterarse de que Fito Páez lee y escribe pudo persuadir a una generación, que hoy ya dejó el secundario, a imitarlo. Una publicación inglesa sobre libros informa que el negocio mueve casi tantos millones de esterlinas como el del pan. Literalmente, en Gran Bretaña, los libros se venden como pan. Y, sin embargo, abundan el descontento y las críticas. Cualquiera que haya viajado alguna vez en un subterráneo parisino, salvo que estuviera dormido, se habrá sorprendido por la cantidad de gente leyendo libros, best-sellers y de los otros. Sin embargo, también la educación francesa revisa sus estrategias para que los estudiantes lean. De todos modos, la media de préstamo por habitante en las bibliotecas europeas es de cinco libros por año (en Dinamarca se prestan 16 libros). Sin embargo, de manera permanente, se examinan las políticas de bibliotecas y se rediseñan sus locales para que sean cada vez más atractivos,

entendiendo, como en todo el planeta, que atractivo quiere decir que haya muchas computadoras con acceso a internet, así los lectores no dilapidan su tiempo miserablemente leyendo libros, como anota el ácido columnista de una revista londinense.

En los últimos tiempos, se ha dicho que los padres deben apoyar a la escuela en esa tarea de cumplimiento diferido que es la de persuadir a los adolescentes a que lean. La idea parece tomada de un dibujo edificante: un living-comedor donde un padre o una madre están sentados con su hijo o hija, un libro en la mano y caras de felicidad. Se dice que los padres deben leer ante sus hijos y mostrarse, falsa o verdaderamente, apasionados por los libros.

La idea es simpática para la familia de clase media que tiene padre, madre, living-comedor y un poco de tiempo libre. Pero hay familias donde los padres están ausentes porque están ganándose la vida o simplemente se han ido, hay familias donde los padres llegan reventados después de quince horas de trabajo, hay viviendas donde no hay living-comedor. La escuela es todo lo que tienen los chicos pobres, y a sus padres lo que puede exigírseles es que los manden a ella.

En las primeras décadas del siglo XX, la Argentina alfabetizó a centenares de miles de hijos de inmigrantes y a nadie se le ocurría pedirles a esos padres que se sentaran a leerles a sus chicos, simplemente porque muchos eran analfabetos.

Disponível em: <<http://www.ee.clarin.com>> Acesso em: 10/6/2008.

A utilização deste artigo é exclusivo para fins acadêmicos.